



# AYER Y HOY



N.º 39

Enero - Febrero 1954

**NUESTRA PORTADA**

Iglesia de San Andrés.

por Manuel M. Pintado



## LA OBRA DEL GRECO EN LA EXPOSICION DE BURDEOS

Por CLEMENTE PALENCIA  
(Cronista Oficial de Toledo)



Por iniciativa de M. Jacques Chaban-Delmas, y patrocinado por el Ayuntamiento de Burdeos, se celebró, del 12 de Mayo al 31 de Julio del pasado año, la III Exposición Internacional de Pintura, dedicada a uno de los más significativos valores de la cultura mediterránea: el Greco (1).

Toledo no puede dejar inadvertido este acontecimiento, en el que tomando por figura central a nuestro gran pintor, se reunieron obras maestras de Ticiano, Tintoretto, Veronés, Bassano y otros que ejercieron su influencia en él, antes de venir a Toledo. De este modo se logró un estudio del Greco completísimo. El catálogo de la Exposición publica un interesante prólogo

de D. Gregorio Marañón, y a ella acudieron los señores D. José Ca-

también se encuentra en este Museo. Ambos cuadros fueron enviados a Burdeos con una autorización especial del Emmo. Sr. Cardenal Primado. «El retrato de Diego de Covarrubias», de la Colección Marqués de Vega Inclán, y «El San Bartolomé», que antes perteneció a la iglesia de San Pedro mártir. Estos dos últimos cuadros están hoy en el Museo del Greco.

Además de éstos que pertenecen a nuestra ciudad, se expusieron: «Crucificado, con la vista de Toledo al fondo», hoy en el Museo de Arte de Cincinnati; «Retrato miniatura, en papel, representando al Dr. Francisco de Pisa, historiador toledano» y «San Francisco de Asís», de la Colección Araoz, que antes fué propiedad del convento de las Capuchinas.

### SUMARIO

**La exposición de Burdeos,**  
*por Clemente Palencia.*

**Los Reyes Nuevos de Toledo,**  
*por Fernando Allué.*

**Isabel la Católica en los se-**  
**llos,** *por Antonio Bardón.*

**Página poética,** *por R. Palma,*  
*J. L. Sandalio de Castro y*  
*D. Tormo.*

**El premio «Nadal»,** *por Alfonso Villagómez.*

**Meditación,** *por Alfredo Souto.*

**Del Moulin Rouge a Toledo,**  
*por Francisco Zarco.*

(1) La I, en 1951, fué dedicada a Goya y la II, en 1952, a los pintores primitivos mediterráneos.



# REYES NUEVOS DE TOLEDO

Por FERNANDO ALLUÉ Y MORER

(De la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo)

Qué simpaticón este buen capellán, el doctor don Cristóbal Lozano; qué entrañablemente bueno. Cómo se nos entran por los ojos y el corazón, con su sencilla prosa, sus muy largas pero amenas y distraídas narraciones. Se encuentran éstas, es verdad, distanciadísimas del concepto auténticamente *moderno* de la Historia, pero sabe el buen clérigo darnos, con admirable simplicidad, un noble e instructivo entretenimiento mediante pluma sin afectaciones ni afeites.

Escribe en la segunda mitad del siglo XVII, y constituye un excepcional mérito sentirse inmune al barroquismo expresivo de la época. Nada hay en sus renglones, efectivamente, que esté infectado por la epidemia conceptista, y ello sirve para sentirlos enriquecidos de una calidad desusada. De ahí, posiblemente, el inenarrable éxito en su tiempo y la múltiple serie de ediciones posteriores de sus libros, durante el propio siglo y el siguiente.

Sus obras fundamentales fueron dos: La historia del rey David, en sus diversas formas, partes y matices, y —sobre todo ésta para nuestra curiosidad toledana— la historia de la Noble y Real Capilla de Reyes Nuevos, en la que él gozaba beneficio desde el año 1658. El libro se titula precisamente así: «Los Reyes Nuevos de Toledo». Se publica en Madrid en 1667 (1), y sus páginas fueron redactadas hasta el mismo año antes. El autor lo confiesa al hacer «catálogo y memoria de los capellanes mayores»: Mencionando al último, *el ilustrísimo señor don Alonso Pérez de Guzmán, Patriarca de las Indias, Arzobispo de Tiro, hijo del Duque de Medina-Sidonia*, escribe: «el cual vive al presente en este año de 1666». Puntualizamos el dato porque ha habido biógrafos que, erróneamente, han señalado la muerte del autor antes de esa fecha.

¡Capilla de Reyes Nuevos! Imaginarnos cómo serían su arquitectura, su situación y sus riquezas, ya supone un excitante para nuestra imaginación, pues nada de ello permanece hoy en su prístina naturaleza, en su original estado. Cambió el lugar, desaparecieron sus tesoros, y tan sólo leves reliquias aún se conservan, pero apenas sirven para suministrar nos volumen de sugerencias suficiente con que reconstruir mentalmente su núcleo originario y las exactas proporciones.

De ahí el valor impagable de este libro. Vayamos,

pues, a él. Recoge al comienzo algunas de las «principales grandezas de la ciudad imperial y de su famoso templo», *pues siempre es más sabroso y más deleitable ramillete, el que aliña el gusto con diferentes picantes y el que compone la vista con diferentes flores.*

Ditirambo toledano obligado. Toledo yace en el riñón de España: corazón de ella, cabeza del Imperio. «Toledo parece que quiso el Cielo plantarle en medio de España para que, como a fuente, acudieren todos a beber y a participar de lo grande, de lo docto, de lo urbano y de lo noble». Apretada piña es; con sus doradas arenas le circunda y baña el Tajo. Es oro todo en él, y perlas cuanto encierra. Cigarrales, huertas y jardines, le sirven de corona, al paso que el famoso río hace cinta de plata y oro a los chapines. Toledo ha servido de panteón a innumerables reyes que quisieron honrarse con sepultarse en él; lo están los llamados Nuevos, también.

El doctor don Cristóbal Lozano no olvida nunca que es sacerdote de la Real Capilla, que guarda las cenizas de estos últimos. Se debe honradamente al sagrado ministerio con probidad que llena todas las horas; no, no sólo los minutos breves del culto habitual y canónico, sino la total jornada de su vida. Se entrega por entero —inefable inocencia— a la presunta grandeza de sus regios Patronos. Tres: padre, hijo y nieto. Enrique II, Juan I, Enrique III. *Gloriosos reyes, claros reyes, grandes reyes.* Nuevos, no sólo por relación con los más antiguos, con los *Viejos*, sino *por la excelencia con que los decoró la novedad.* El título de «nuevos», que se les da, supone hacerlos *más grandes, más singulares, más famosos, más eternos.*

No ahorra el buen doctor epítetos laudatorios ni sincerísimos panegíricos al anotar las gracias católicas de ellos. Enrique II fué quien mandó construir la Real Capilla cinco años antes de su muerte, según cláusula testamentaria otorgada en Burgos a 29 de Mayo de 1374, con deseo *de ser sepultado honradamente en el lugar donde anduvo la Virgen Santa María.* «E mandamos e tenemos por bien que en el dicho lugar sea hecha una capilla, la más honrada que se pudiere». Juan I, que es quien discurre, establece y manda que las edades y los años no se cuenten ya más por las eras del César, sino por la de

la Encarnación, instituye y dota veintiséis capellanías. Enrique III fija, en fin, las rentas sobre sus Tercias Reales, suplicando a la vez al Pontífice que apruebe y perpetúe la decisión regia. Y, a seguido, narra Lozano, muy por lo extenso, las tres históricas vidas, sus peripecias políticas, sus turbulentos avatares, destacando siempre —oh, bondad simplicísima de fiel y agradecido siervo— las virtudes cristianas de los Trastámara, y, sobre todo, sus liberalidades para con el sacro recinto toledano que ha de guardar para siempre sus cenizas.

Muy importante es la minuciosa descripción de la planta y sitio en que estuvo enclavada tan famosa fábrica, «aunque no grande, cosa primorosa y rica, hecha y labrada como pieza de reyes y para reyes». El, naturalmente, no la conoció, pero recoge datos puntuales de un autor manuscrito, único que ha tratado de ello, Diego Vázquez, capellán también de Reyes Nuevos y Racionero de la santa Iglesia, el cual *habla de vista*. Estaba situada —describe Lozano, siguiendo a Vázquez— en el lado del Evangelio, al final de la última nave, sirviendo de respaldo la propia Catedral; abarcaba desde la actual capilla donde se custodia la Custodia —que entonces denominábase de San Juan Bautista—, hasta la de doña Teresa de Haro por la izquierda y la del pilar de la Descensión por la derecha, cubriendo todo lo ancho. Servíase con dos puertas: una que daba a las naves centrales y la otra al claustro. La capilla de San Juan, debajo de la torre, se utilizaba como sacristía, y en ella los clérigos celebraban sus juntas y cabildos. El altar mayor se dividía en dos partes, es decir, que poseía dos altares mayores, separados por una cortina que pendía del techo; uno de ellos denominado de la Asunción y el otro de la Descensión, y subíase a ambos por sendas gradas. Lo restante de la Real Capilla se fraccionaba en dos secciones: la más próxima al altar reservada para panteón regio y ornamentada con dos altarcitos laterales, consagrados a Santiago y a San Ildefonso. La otra sección, venía a servir como coro a los capellanes.

¡Y qué estupendas riquezas debieron contener estos insignes muros! No se trataba sólo del máximo valor teológico del lugar —que un día sintió la sumaria caricia de las plantas virgíneas—, sino de auténticos tesoros materiales y tangibles: Magníficos artesonados de oro y esmaltes, labrados estribos y pilastras, que recibieron el tacto de gloriosos maestros; tableros, reposteros, pinturas, mas los seis alabastrinos mausoleos distribuidos a ambos lados (en el de la Epístola, los de los monarcas; en el otro, los de sus respec-

tivas esposas), transformaban esta capilla en la más hermosa, rica y alabada de la Primada, pues aún —claro es— no existía la actual del Sagrario, fundación —mucho más moderna— del Cardenal Sandoval y Rojas, ni nunca ambas habrían de coincidir en el tiempo.

Pero el episodio más dramático de la historia de este sagrado ámbito es el de su final. Ciento cincuenta y dos años después de ser erigido, se procede a su definitiva demolición.

Se empieza a decir que es como un *padrasto* (sic) de la hermosura del gran templo, estorbo insoslayable para la marcha solemne y rítmica de la liturgia procesional. Son los tiempos del arzobispo Fonseca, que soñaba emular las glorias de Cisneros: si éste eliminó de las espaldas de la capilla mayor la de los Reyes Viejos, aquél redondearía la belleza del admirable edificio trasladando a otro espacio mejor la de los Nuevos.

Y sucede así. Reina el Emperador Carlos: Tras reiterados forcejeos, se consigue su anuencia. Una tarde, el 28 de Mayo de 1534, se inicia el desmantelamiento. Hay presagios de motines y protestas; el amor de los toledanos a su maravillosa capilla real no consiente su destrucción, ni siquiera paliada con la oferta de otro albergue más flamante y capaz. Se tiene miedo al pueblo y temor asimismo a la ira divina. Un alarife —el primero que acata la orden destructora—, al desencajar un madero, se hiere los pechos con la punta, y él y la viga ruedan por el suelo. Muere al instante el infeliz. No obstante, la obra prosigue implacable, y picos y hachas hienden y derriban. Queda en breves horas desmoronado todo.

*¡Magestad arruinada, fábrica deshecha —llora doliente el buen Lozano—, lo que fué panteón hermoso, grandeza ilustre, dorada arquitectural!*

He aquí, pues, una anécdota interesante de la historia de Toledo, encontrada en un libro olvidado.

(1) Los Reyes Nuevos de Toledo. Descríbense las cosas más augustas y notables de esta Ciudad Imperial: quiénes fueron los Reyes Nuevos, sus virtudes, sus hechos, sus proezas, sus hazañas; y la Real Capilla que fundaron en la Santa Iglesia, mausoleo suntuoso donde descansan sus cuerpos. Escrita por el Doctor don Cristóbal Lozano, capellán de su Magestad en su Real Capilla de Reyes Nuevos de Toledo, comisario de la santa Cruzada y Vicario diversas veces de la villa de Hellín y su partido, y Procurador fiscal de la reverenda Cámara Apostólica.—Madrid, año de 1667.

# ISABEL LA CATOLICA EN LA FILATELIA

Queremos con estas líneas dar a conocer a los lectores de «Estilo» los sellos que las Repúblicas Hispano-Americanas han emitido en homenaje a la Reina Isabel la Católica y para conmemorar el V centenario de su nacimiento, en virtud del acuerdo tomado en el VI Congreso de la Unión Postal de América y España celebrado en Madrid en el año 1950.

Nos llegan estos sellos cuando todavía dura para España el aislamiento en que han querido tenernos algunas naciones, y nos sorprende toda América con unos sellos bellísimos llenos de amor a la Madre Patria, cual si ese amor encerrado con la presión de la violencia a que fueron sometidas, reventase el recipiente de sus fronteras para lanzar a la admiración del mundo entero las glorias de España, personificadas en nuestra más excelsa Reina.

Esas Naciones Hermanas que recibieron de nuestros mayores la Fe y el Idioma, están aprovechando bien esta ocasión que ahora se les ha presentado, como ya otras veces también lo han hecho por distintos motivos, para demostrar que su amor a España está muy por encima de las incidencias del momento, porque vive en el sentir de sus pueblos.

Y no son solamente las naciones de habla española las que conmemoran esta fecha histórica; aquí tenemos también al Brasil con un sello escrito en lengua portuguesa, y otro de Haití en francés.

Y aún hay más. Ya en el año 1893 los Estados Unidos de Norteamérica ponen en circulación una serie de 16 sellos escritos en inglés para conmemorar el IV centenario del descubrimiento de América, y en los que se reproducen juntas, en unos mismos sellos, las efigies de Isabel y Colón, y en

otros los principales hechos del descubrimiento. Esta serie tiene hoy un valor aproximado a las 10.000 pesetas.

Recientemente, el 16 de Enero del año actual, ha tenido lugar en Barcelona una exposición filatélica consagrada solamente a mostrar estos sellos al público. Prometemos también nosotros enseñarlos a todos los toledanos en la primera exposición que aquí se celebre para que admiren en ellos, además de su belleza, la proyección de España en todo un Conti-



nente, que hoy parece destinado por Dios para dominar al mundo, y que con su corazón puesto en nuestra Patria, llegan a rotular sus sellos con un «¡Viva España!», como esos de la República del Paraguay.

Esta influencia espiritual constituye nuestro Imperio de siglos, más firme y duradero que el dominio de unas cuantas islas diseminadas por el Pacífico.

Otro día daremos a conocer a nuestros lectores las emisiones que también en América se hicieron en honor a Cervantes en el año 1947 en conmemoración del IV centenario de su nacimiento; las distintas emisiones en recuerdo de Colón y de cuantos sellos hagan alusión a España en diversas naciones, aunque no sean americanas, como por ejemplo unos de Bélgica, llamada «Serie de Príncipes», en los que figuran

la Reina Juana de Castilla y su marido Felipe el Hermoso, el Emperador Carlos V, D.<sup>a</sup> Margarita de Parma y D.<sup>a</sup> Margarita de Austria.

Como nota de actualidad, y aunque no tenga ninguna relación con España, diremos que para el 12 de Febrero actual, y hasta el 28 de Marzo, estaba anunciada en Egipto la subasta de los fabulosos tesoros de Faruk, entre ellos su magnífica colección de sellos, de

monarcas de leyenda, cuya vida fastuosa se remonta a los tiempos bíblicos.

Como nota final para el erudito y para el filatélico, citamos a continuación las Naciones, que además de España (correo ordinario y aéreo) han emitido sus sellos, son NICARAGUA, cinco de correo ordinario y cinco aéreo; con la efigie de Isabel y la carabelas de Colón. Con este mismo motivo aparecieron los dos

que emitió CUBA; cinco, COSTA RICA. Con la efigie de la Reina, sin carabelas, los dos de CHILE; dos de HAITÍ (leyenda en francés); cuatro, PARAGUAY; uno, BRASIL (leyenda en portugués); cuatro, BOLIVIA. EL SALVADOR, cuatro, con la efigie de Isabel entre las banderas de su país y la de España; PANAMÁ, la efigie de Isabel entre los escudos de España y Panamá, cuatro para correo ordinario y seis de aéreo. COLOMBIA, uno



los que se esperan obtener alrededor de los veinte mil millones de liras, que permitirán rehacer económicamente la hoy arruinada República Egipcia, y volver al esplendor de los antiguos Faraones del Nilo, estando desde hace ya varios meses comprometidas las habitaciones de todos los hoteles de El Cairo por más de un millón de turistas que se calcula han de acudir a tan interesante venta, que disgregará para siempre por el mundo entero ese tesoro único en el terreno de la fantasía, y que agregarán a su valor actual el haber pertenecido a la colección de unos

Reyes Católicos en Bogotá y la efigie en perfil de Isabel. Reproduce la efigie de la Reina con una Y gótica de tipo heráldico, a la derecha, uno de la REPÚBLICA DOMINICANA. VENEZUELA, cuatro sellos, con la figura de Isabel en retrato de juventud. HONDURAS, ocho sellos para correo aéreo y otros ocho para correo oficial, reproduciendo cuadros alusivos a la vida de los Reyes Católicos. PERÚ, cuatro, dos con la efigie de Isabel y dos con las carabelas.

Tenemos noticias de que ya están en prensa los de ECUADOR.

ANTONIO BARDÓN  
Director del Colegio «Sadel»

## A NUESTROS ASOCIADOS

EN una sesión del grupo poético de ESTILO, se acordó por unanimidad la idea de celebrar todos los jueves, a las siete de la tarde, una reunión semanal a la que pueden asistir todos los asociados. Se dedicará media hora a la exposición de un tema y lo restante del tiempo a un coloquio, en el que pueden intervenir todos los asistentes. Las reuniones serán en nuestro domicilio social (Puerta del Sol). Estos son los temas fijados para los dos meses próximos:

### ABRIL

- Día 1.—«La poesía religiosa actual», por Clemente Palencia.
- > 8.—«Lope de Vega», por Fernando Allué.
- > 22.—Lectura de poesías originales, por Juan Antonio Villacañas.
- > 29.—«La poesía a través de la Radio», por Sandalio de Castro.

### MAYO

- Día 6.—Lectura de poesías originales, por Tertulino Fernández.
- > 13.—«Polémicas históricas sobre la posesión de Gibraltar», por José Pastor.
- > 20.—«El Greco», por Guillermo Téllez.



# Romancillo del banderillero

Banderillero valiente  
—garbo de la sevillana—,  
en el redondel de oro  
muñeco de verde y plata.

Rito de belleza y mármol  
tu figura estilizada  
está queriendo ser bronce  
para cuajarse en su plástica.

Lirio tu cuerpo moreno,  
y espiga en sazón segada;  
bajo la comba del cielo  
como fulgurar de espada.

La tarde te está mirando  
con sus ojos de sultana,  
y tú la estás dando celos  
con tu cintura de caña.

La luz te besa y se rinde  
a tus pies enamorada;  
y la bandera te envía  
un beso desde su asta.

Mínúe tu paso de rosas  
frente al toro en acechanza;  
línea de columna, y vaso  
de mediterránea traza.

En los tendidos la vida;  
en el redondel la gracia;  
y el toro —como un relámpago—  
que está buscando batalla.



Junco tu talle gitano  
—sacerdote de la danza—,  
tus brazos trenzan caprichos  
de armónica filigrana.

Tus brazos de bailarina  
—con un fondo de guitarra—  
están llamando a la muerte  
desde mitad de la plaza.

Finos y limpios se arquean  
con ingravidez de alas;  
los rehiletes, castañuelas  
de seguidilla gitana.

Banderillero valiente  
gladiador de porcelana,  
burlador con tu cintura—  
de la muerte que te emplaza.

Maestro de Esteticismo  
con tu postura gallarda;  
ojos de mujer te dicen  
lo que su espíritu guarda.

Misterio de tu belleza  
—serenidad espartana—,  
una mano te cincela  
con línea y curva de ánfora.

Banderillero valiente  
—garbo de la sevillana—  
lirio tu cuerpo moreno,  
de mediterránea traza.

R. PALMA

## MI ARROYO

Tal vez tú no sepas escucharme,  
ni tal vez tampoco comprenderme...

Eres como el agua de rivera.  
¡Pasa ante la hierba sin sentirla,  
sin amarla!...  
¡Oh quimera!

Con mi voz de junco verde  
he gustado tus canciones,  
tus murmullos cristalinos,  
tus cuitas y tus dolores.

Eres, mi arroyo fecundo,  
quien ha de besar al junco  
que su verde talle inclina  
postrando su amor al mundo.

SANDALIO DE CASTRO

## CARNE O ALMA

MIS DOLORES...  
gamas del destino

.....  
sed fuertes  
sin amores  
que maten vuestra vida.  
Descended y bajar hasta  
la carne.  
Hacerse tierra y polvo y nada  
sin anclar vuestra vida a una esperanza  
o hacerse todo aire,  
espíritu, hasta nada.  
Seamos carne o alma  
y en un nirvana quieto,  
no estemos en la tierra,  
seamos todo cielo  
o bajo ella,  
sintamos las pisadas del recuerdo,  
ajenos a la angustia  
que estrella en nuestras frentes  
la lluvia de la vida.  
Estad tan por debajo  
o encima  
de lo humano  
que al mirarlo  
resulte todo incierto  
pasar por vuestro trozo de la vida  
en un sufrir sin pensamiento  
o en un pensar sin sentimiento.

D. TORMO

# EL PREMIO "NADAL"

No es ningún descubrimiento sensacional el que afirmemos que el Premio «Eugenio Nadal» ha sido la institución que más ha contribuido a dar cuerpo a la generación de novelistas españoles —incompleta aún—, que podemos denominar de postguerra.

Desde su otorgamiento por vez primera, en Enero de 1945, el grupo de la revista barcelonesa «Destino» ha venido trayéndonos todos los años, por el día de Reyes, el regalo y sorpresa —salvo la excepción de Sebastián Juan Arbó— de un nombre nuevo en el panorama de las letras hispánicas.

Hasta ahora, seis hombres y cuatro mujeres han sido los favorecidos. Y, a pesar del predominio del elemento masculino, las obras de mayor éxito y edición han sido las de las tres mujeres editadas: Carmen Laforet, Elena Quiroga y Dolores Medio.

Ha sido común esperanza de la crítica las obras posteriores de los escritores galardonados, para que con mayores elementos de juicio, poder sopesar hasta dónde verdaderamente llega su vocación y valía. Y el resultado no ha sido del todo halagüeño. De los nombres distinguidos, a lo largo de los diez años de la edad del Premio, sólo se salvan plenamente Gironella y Miguel Delibes.

José María Gironella dió a la imprenta, a continuación de «Un hombre», otra novela titulada «La marea», en la que sigue manteniendo su línea de novelista ágil; y el año pasado aparece «Los cipreses creen en Dios» —el libro más vendido en los últimos seis me-

ses—, que a pesar de su «largo metraje» —lo que viene a echar por tierra esas afirmaciones de que el público de hoy sólo prefiere la novela sintética— ha sido uno de los mayores éxitos editoriales de los últimos años, y ha representado para Gironella su consagración definitiva.

En cuanto a Delibes, a lo largo de sus obras publicadas —sobre todo en la última «Mi idolatrado hijo Sisi»—, ha mantenido dignamente el prestigio que el «Nadal» de 1947 le otorgó.

Quizá sean después Elena Quiroga y Luis Romero los que, con sus libros posteriores a aquéllos por los que se les concedió el Premio, hayan evitado el olvido en que han caído otros «nadalistas», como Suárez Carreño, J. Félix Tapia...

Caso aparte es el de Carmen Laforet. En «Nada» aparece una escritora de magníficas cualidades, que da lugar a que el público lector llegue a esperar con verdadera ansia su segundo libro. Tardó éste varios años, y sea porque esta exigencia editorial le restaba serenidad o porque estrujó toda su vena creadora en la primera producción, lo cierto es que «La isla y los demonios» no llegó a convencer.

Alrededor de la novela galardonada, ha habido todos los años un conjunto de libros, muchos de mayor mérito, que la han acompañado y competido con ella en la consecución del Premio.

En este plano, encontramos nombres tan famosos como los de César González Ruano, Pombo Angulo —con «Hospital General»—,

Mur Oti, García Pavón, Ledesma Miranda, Darío Fernández Flórez —con la discutida novela «Lola, espejo oscuro»—, Tomás Salvador —reciente «Ciudad de Barcelona»—, el orensano Vicente Risco, etc.

Este año una «hilandera» de Sabadell se ha llevado la distinción con una novela de ambiente inglés. Entre los concurrentes y finalistas aparecen pocos nombres conocidos: M. Arce, Valverde, Castillo Puche...

Suele ocurrirle, a veces, a los escritores que se revelan con un primer libro que agotan todo su talento en esta producción; y después, renqueantes, van cayendo poco a poco en la vulgaridad y en el olvido. Creo sinceramente que es más fácil —fácil dentro de lo difícil— escribir una obra magnífica que un conjunto algo numeroso de obras regulares. Y lo que da el prestigio no son los éxitos fugaces, sino la labor constante, cada vez más perfecta, a lo largo de los años. El escritor es siempre un pionero que conoce y desconoce todo al mismo tiempo. Necesita caminar y romper con los fillos de una sincera vocación, de entrega total, la mañana de arbustos que intentan cerrar su paso para que su imaginación, sin ninguna traba, pueda discurrir libre por los valles ocultos, repletos de frutos.

Será curiosa, si alguien se decide a recopilarla, la historia completa, con todas las intrigas tras bastidores, del «Nadal», si llega a viejo.

Por ahora sólo parece aspirar a la mayoría de edad...

ALFONSO VILLAGÓMEZ

## Nuestros Socios Protectores:

# La Excma. Diputación Provincial de Toledo

Es de justicia honrar a nuestros protectores por la generosa ayuda que nos vienen dispensando. La Excma. Diputación Provincial de Toledo, atiende a los fines culturales con el celo e interés que manifiestan estos datos:

	Pesetas
Ayudas al estudio a 21 seminaristas que cursan Latín.	6.300
A 7 de Filosofía.....	2.800
A 13 de Teología.....	8.700
A dos estudiantes del Magisterio que residen en pueblos de la provincia..	600
A 7 estudiantes de Bachillerato.....	2.100
Una ayuda en el Conservatorio de Música.....	1.000
Una beca en la Escuela de Artes y Oficios de Toledo, para escultura.....	3.000
Subvenciones y ayudas a pintores.....	8.000
Estudios Universitarios.....	11.000

Con motivo del V Centenario del Nacimiento de Isabel la Católica, se abrió un Concurso literario sobre «El Testamento de la Reina», con un premio de 5.000 pesetas. Edita actualmente la obra del Catedrático D. Fernando Jiménez de Gregorio, sobre la «Guerra de la Independencia en 1808».

A ESTILO, concede una subvención trimestral de 750 pesetas. Para las fiestas del Corpus, un cuantioso premio de pintura, con el título de «Premio Provincial», para los pintores de ESTILO. Su dignísimo Presidente honra a nuestra Sociedad acudiendo a los actos que se organizan, estimulando nuestras actividades con su espíritu orientador, con su larga experiencia cultural.



Ilmo. Sr. D. Tomás Rodríguez Bolonio, Presidente de la Excma. Diputación Provincial de Toledo.

## NOTICIAS DE NUESTROS ASOCIADOS

### «Frutos de mi vergel» (Libro de versos)

Nuestro asociado Agapito Aragón Arteaga inició el año actual con la publicación de este libro, del que hemos visto referencias en bastantes diarios y revistas. No tenemos palabras suficientes para elogiar a un hombre que está separado de todo ambiente cultural y que ha logrado reunir esta colección de versos discretos y bien contruidos. Su afán artístico se entrega también a la música y a otras actividades, que convierten su vida en un perfecto modelo de laboriosidad. Muy cordialmente felicitamos a su autor.

\*\*\*

El día 3 de Febrero, el Jefe Nacio-

nal de la Obra de Artesanía, don Jacinto Alcántara, hizo entrega de los premios obtenidos por los artistas toledanos en la Exposición Internacional celebrada en Madrid el pasado año. AYER Y HOY felicita a nuestros artistas Luis Carrillo Rojas, Rodrigo Delgado Vergara, Vicente Martín Bermejo, Vicente Quismondo y Eladio Molina Brumen, por los premios obtenidos, y a D. Mariano López Fando y D. Juan de la Cruz, que con tanto éxito supieron llevar a feliz término su cometido.

\*\*\*

Felicitamos también a D. Benigno González por el premio que ha obtenido del Instituto Cultural Iberoamericano de Sevilla por su publicación, titulada «Grandeza de la romería bética».

Luis Serrano Vivar ha sido elegido Presidente del Centro de Artistas de Toledo. No hace muchos días, «El Alcázar» publicaba unas interesantes declaraciones sobre los proyectos que animan su actividad y entusiasmo en su nuevo cargo.

\*\*\*

Por el rango artístico al que elevaron la fiesta de Santo Tomás de Aquino, con el desfile de cabalgatas, certamen literario, bailes y danzas clásicas, representación de teatro, etc., consignamos nuestra más efusiva felicitación a nuestros asociados los Catedráticos del Instituto Nacional de Enseñanza Media don Julio San Román, D. Leandro García-Lomas y D. Jaime Vidal.

# MEDITACION

¡Cuántas impresiones se reciben al cabo del día! Del aire que me rodea, de las estancias por donde he pasado, de las conversaciones sostenidas, del trabajo que realicé, de las cosas vistas, de las frases oídas, de las conductas observadas, del cielo que me cubre...; ¡cuántas impresiones, cuántas! Y todas ellas, cualquiera de ellas, ¡qué punto de meditación tan profundo!

Pero, ¿me detengo a meditar?, ¿lo hice alguna vez?... No sé. La vorágine mundana en que me desenvuelvo ¡es tan acuciadora!, ¡tan apremiantes son las exigencias del vivir cotidiano...!

En fin, ¡siquiera una vez!, meditaré. No de un modo melancólico, abstruso, ceñudo, exigente, no; plácido, sereno, ecuánime, donde la mente, en potencial equilibrio, pese el pro y el contra con diafanidad e incline mi propósito hacia lo bueno, lo bello, lo saludable, tanto para el alma como para el cuerpo. Meditaré con alta visión de las cosas, con noble sentido de los actos, con los ojos claros de mi conciencia, alejando los espejuelos que puedan reflejarme un falso señuelo de felicidad artificial. Meditaré a solas, en una hora de queda, donde ni el menor ruido pueda quebrar el silencio litúrgico de la concentración en mí mismo.

Y no meditaré ni a prima hora, recién levantado, porque el reposo del sueño ha borrado imágenes del día anterior, detalles al parecer nimios, pero que son precisamente la clave de los propósitos que yo haga, de la línea de conducta que me imponga a seguir, ni tampoco meditaré en el resto del día, mientras el sol luzca, pues su brillo puede cegarme y ofuscarme la visión real de las cosas; lo haré poco antes de disponerme a tomar el lecho en mi recoleta habitación, propicia al silencio, a solas conmigo mismo, donde no oiga más voz que la de mi conciencia. Entonces, como ahora estoy haciéndolo, meditaré... Y, después de realizarlo, escribiré; en una simple cuartilla iré poniendo mis puntos de vista y mis propósitos, y al día siguiente, de mañana, lo leeré, releeré y grabaré en mi mente, y si ésta falla, recurriré a los escritos en el transcurso del día, «que la palabra falla y lo escrito se manifiesta».

Haré una meditación a fondo sobre mí mismo, sobre mis defectos y flaquezas (¡sí, los conozco, aunque no quiera pensar en ellos!), sobre mis posibilidades y energías, sobre mis dotes espirituales y materiales, sobre mis reacciones bajo el influjo de aquel comentario oído, de aquella acción recibida,

de aquella conducta seguida, de aquel comportamiento llevado a cabo. Meditaré, no a mi modo, porque mi idiosincrasia puede estar en pugna con principios tradicionales, porque mi inclinación puede tergiversar leyes acomodándolas a mis deseos; no, no meditaré así. Me guiaré por un libro aceptado de antemano por la ética y moral social, me ayudará de él, será mi mentor y su apoyo me será incuestionable. Será como la semilla que caerá en mi naturaleza térrea humana, y si muchos granos no fructificarán, alguno arraigará, formando, con el transcurso de los días, un haz pujante de ópimos frutos.

No leeré mucho en él; si acaso, una frase, una máxima, unos renglones...; poco a poco iré desgranando sus páginas, que lo poco satisface y lo mucho empacha. Y sobre esa frase, esa máxima, pensaré, recapacitaré, descifraré su sentido, aplicaré su verdad a mi situación, a mi actitud, a mis reacciones, y sacaré una consecuencia, tras la recapacitación, que escribiré en una cuartilla, y será mi guía en ocasiones semejantes. Quizás a primera vista encontremos lo leído en franca oposición a nuestra manera de pensar; leámoslo otra vez, y otra, y otra..., y acabaremos por reconocer la gran verdad encerrada, que no todos son axiomas en este mundo y el descubrir lo cierto cuesta a veces mucho trabajo. No lo desechemos, pues, de primer intento; lo allí escrito es producto de mucho pensar, de mucho ponderar, de mucho contrastar, de mucho verse confirmado en la práctica..., y no vamos a ser tan fatuos que creamos estén equivocados principios aceptados por cuerdos filósofos, grandes teólogos, grandes humanistas.

Y al cabo de algún tiempo, ¡oh portento de la meditación!, cómo nos sentiremos más ecuánimes, cómo vamos, sin apreciarlo, por la senda del bien, de la benefacción, de la belleza...

\*\*\*

Quise meditar, lo he dejado establecido al principio de estas líneas, pero ¿lo he hecho?, ¿en qué he meditado? No lo sé. He emborronado unas cuartillas, mañana las leeré, y seguramente habré descubierto que he meditado en «cómo debe hacerse una meditación».

En inicio de una serie de meditaciones, no está mal, y, por de pronto, no habré perdido el tiempo.

ALFREDO SOUTO FEIJOO

# BAILE DE CARNAVAL

El viernes, día 26 de Febrero, nuestra Sociedad celebró la acostumbrada cena-baile de trajes en el «hall» del «Hotel Carlos V». Desde las nueve de la noche estuvo abierto el restaurante para servir la suntuosa cena.

La orquesta comenzó a desgranar las notas musicales que, mágicas, penetraban insensiblemente en el alma de los concurrentes, que se iban acostumbrando al grato ambiente, a las risas de las mujeres como cascadas de espuma y a los murmullos y conversaciones, que semejaban el arrullo sereno del mar en los arrecifes y acantilados.

Poco a poco el salón se fué haciendo insuficiente por la gran afluencia de socios, algunos de ellos ingeniosamente disfrazados. No faltaron los elegantes trajes de noche.

No podemos dejar de mencionar en estas líneas a la «Kabila», que se nos presentó compuesta de tres opulentos y graves moros, acompañados de sus respectivas esposas, como salidos de un cuento de las «Mil y una noche», y que pusieron una pincelada de colo-

rado en la agradable fiesta. Como un mar que paulatinamente se va embrazando, los murmullos y conversaciones se mezclaban fuertemente con las risas y entrechocar de copas.

Las bolas de confetis estaban en todo su apogeo y llevaban raudas, en sus mil papelitos multicolores, mil mensajes de vasallaje y sumisión a Momo, dios de la locura, dios de la risa, dios del Carnaval.

En este día no pensábamos que cada una de nuestras caras es un verdadero disfraz para los demás (porque nuestras ideas, nuestros pensamientos, buenos o malos, nunca dejamos que los adivinen), e ingenuamente solo creíamos que el disfraz está en los trapos más o menos lujosos (al cabo son trapos) que servían de vestido en otras épocas o en otros lugares. Nunca nos hemos parado a pensar cuánto tiempo habrá de transcurrir para que nuestros vestidos habituales se conviertan en verdaderos disfraces. Tal vez el disfraz sea el único recuerdo de una época tan roja por la sangre (1914-18, primera guerra mundial;

1939-45, segunda guerra mundial) y tan negra por el odio de esta paz armada (a veces más cruel y horrible que la misma guerra) que tiene al mundo con los nervios próximos a estallar.

Melodía tras melodía se fué recorriendo el camino de la diversión, hasta llegar al clásico pasodoble que marcaba el fin de la fiesta. Una tras otra se fueron apagando las luces del salón y donde momentos antes reinaba el bullicio y la alegría desbordante, se afinó el profundo, el majestuoso silencio.

Las calles toledanas crujían en su sueño bajo las pisadas de los bailarines que nos retirábamos ya soñolientos. Tras pasar diferentes calles, los grupos se fueron disgregando hacia todos los puntos de la ciudad. Catorce personas..., diez..., ocho. Dos personas.

En la noche solo se oía el prolongado maullido de un gato que seguramente estaba enamorado de una estrella...

SANDALIO DE CASTRO

## DEL MOULIN ROUGE A TOLEDO

En otra ocasión —con motivo del estreno de *Un americano en París*— vislumbré y señalé las amplias posibilidades que mutuamente tienen el cine y la pintura entre sí. Entonces ya apuntaba la atención sobre Toulouse-Lautrec, además de Utrillo, Degas y Dufy. Y ahora es sólo Henri de Toulouse-Lautrec el que acapara un éxito casi popular, por obra y gracia de una película deliciosa y ejemplo de lo que debe ser un cine didáctico. Me refiero a «Moulin Rouge» de John Huston. No me cansaré de decir que la técnica cinematográfica debe de ponerse al servicio de las artes minoritarias, para la mayor difusión de éstas y con ella el público adquiera un más alto nivel cultural. Que se afinen los paladares por un conocimiento cada día mayor de lo delicado. Toulouse-Lautrec ha llegado por medio del cine a muchas personas que le ignoraban y por tanto ignoraban su obra.

Cuando le han conocido, les ha interesado y ha habido curiosidad por conocer su pintura. Bien venidos sean estos redescubrimientos a la popularidad.

Pero no quería detenerme sólo en esto. Es decir, en la película de Huston, en Ferrer su intérprete, en el delicioso vals de Auric, con ser todo maravilloso. Ni siquiera en las ediciones del afortunado biógrafo Pierre la Mure.

Quería decir algo de Henri como dibujante y de Henri en España. Ahí ante todo —y vaya esto por delante—, una genialidad innata en Toulouse-Lautrec, que aflora como lenitivo a una desgracia y se revela en el doble sentido de la palabra ante una actitud arcaica de su aristocrático padre. Toulouse-Lautrec, sin la desgracia de su pequeñez física y como consecuencia la incompreensión de su padre, no sería hoy el Toulouse-Lautrec famoso por la pintura, y sí un olvidado número en la cuenta de su adormecida y dinástica

familia. Bastaron esos fatídicos avatares para que su genialidad aflorase. Con toda esta justificación a que «era» artista y por tanto no se «hizo», quiero sentar que no necesito de antecedentes para su pintura, ni para su obra en general; pero quería decir también que siempre, donde hubo genialidad hubo manifestación artística, y en ellas unas sorprendentes coincidencias con ciertos antecedentes.

El dibujo francés de Toulouse-Lautrec en 1890, no nos sorprende lo más mínimo, nos encanta, eso sí, su maravilloso y sugestivo escenario. No nos sorprende, porque allá por 1797 un tal Goya dibujó 72 planchas de grabado que circularon por Madrid de mano en mano y casi clandestinamente, que como idioma universal —así decía el aragonés— tituló «Caprichos». Todos conocemos los «Caprichos» —aunque aquí todavía no hayamos hecho algo sobre Goya en cine y el por qué más

vale callarlo—, pero el que conozca los dibujos de Toulouse-Lautrec hechos en el Loro Gris, en los «bistros» o simplemente en las sórdidas calles del antiguo Montmartre, encontrará esas sorprendentes coincidencias del genio ante un mismo fenómeno. Esos apuntes rápidos en apariencia, de mujeres agotadas por el alcohol, el hambre y el amor; agotadas por la vida, flácidas y monstruosamente deformadas e idiotizadas, se dan con la misma facilidad en Goya que en Toulouse-Lautrec. Coinciden en esos dibujos ágiles, casi móviles, que captan un instante vital que dice todo, que al menos tienen que decir algo, y que casi siempre arrojan una verdad al rostro de los mojígatos.

«El sí pronuncian y la mano alargan al primero que llega», «Bien tirada está», «Mala noche» y «Linda consejera», son títulos por citar algunos de entre los «Caprichos», de Goya, que se confunden con la célebre «Grosse Marie» del Museo de Amsterdam; «Gueule de Bois», «En el Moulin Rouge», «Elsa» y «Los Poiterón» de Toulouse-Lautrec.

En la obra de Goya y Toulouse-Lautrec, hay toda una serie de puntos de contacto, no sólo en lo anterior, en lo sórdido y morboso, sino también en lo luminoso y brillante de una vida diversamente localizada. Aquí radica uno de los motivos de éxito de estos historiadores gráficos, en que nos dejan época y costumbres vividas para después recordarlas. Si uno nos da un Madrid de majas y chisperos, praderas y calesas, boleros y mollaes; un Madrid de gavotas en el Palacio de la Duquesa de Osuna, de comedias de Don Ramón de la Cruz, de apasionados por el teatro del Príncipe y partidarios de los Caños del Peral, un Madrid con Máiquez, Rita Luna, la Briones y la Caramba, Costillares, Moratín y la Tirana; un Madrid que vislumbramos y conocemos por los luminosos cartones para tapices: «La gallinita ciega», «La pradera» y «La cometa»; el otro, a la vista del Sena, nos lleva también con su pintura al Webe'r, al Maxim's, al Palacio del Hielo, al Velódromo, a la Tour d'Argent, al París de Sara Bernard, de Eva Lavalliere, de May Milton, del caso Dreyffus y sobre todo al París de su amado Moulin Rouge con la Goulue, Aïcha y las «endemoniadas» chicas del Can-Can.

¿Más puntos de contactos? Sí. Los hipódromos, el circo y los payasos de Henri nos recuerdan enormemente a la Tauromaquia. Ambos apasionados y curiosos por los espectáculos donde

hay a retazos belleza, tristeza, emoción y alegría.

La tristeza del payaso «Chau-U-Kao», la gracia de la ecuyeré, la tragedia del trapeicista, es la tristeza y pesadumbre del varilarguero y su caballo, la gracia de un reiletero y la tragedia de un matador.

¿Más coincidencias? Sí. El amor. El amor amargo y el amor imposible. Y aquí una pregunta. ¿Cuándo Toulouse-Lautrec pintó la intimidad de su vida con María Charlet, es decir: María Charlet vistiéndose, María Charlet ante el tocador peinándose, María Charlet..., conocía la serie de dibujos de Goya pertenecientes a la llamada colección Carderera y consecuentes al mal pensado viaje a Sanlúcar con la Duquesa de Alba? Quizás no. ¿O quizás sí? De todas formas esa concepción artística de ser conocida mutua y simultáneamente por ambos, era para que abrazados lloraran y rieran juntos sus desgracias, alegrías y genialidades coincidentes.

Coincidencias en todo, incluso en la curiosa morbosidad de ver morir. Así, mientras Goya acude a la montaña del Príncipe Pío a recoger esos trágicos apuntes de los fusilamientos, Toulouse-Lautrec va a ver guillotinar a un reo para un apunte magistral que después sería la portada o cubierta de una novela sanguinolenta y pasional de Dupré.

Todo esto ha ayudado mucho a conocer y comprender a Toulouse-Lautrec en España y no ahora, aunque ahora por su popularidad sea la oportunidad de decirlo.

Se acercó con grata fortuna Henri a nosotros, pero mucho antes Goya, no sólo se había adentrado en Francia, sino que él mismo, después de París, eligió Burdeos para terminar sus días.

Toulouse-Lautrec también estuvo en España, y esto que es tan importante para el dibujo de Henri, parece que se quiera ocultar, ya que más de dos o tres líneas, como mucho, es lo que hay escrito en cualquier biografía. Toulouse-Lautrec realiza este viaje bajo efectos emocionales muy sensibles. Por tanto, viaje de honda huella. Sería raro, por no decir imposible, el paso de un artista, de un observador incansable que no marche como poco cogido en el «misterio» de lo español.

Por eso he querido que este Toulouse-Lautrec esté ligado através de estas líneas a España, a lo español, ya sea por esos contactos con Goya o por el simple viaje. ¿Simple viaje a España cuando es la época culminante de su

súbita y deslumbrante fama? ¿De sus fracasos amorosos y de sus ansias de amor?

Toulouse-Lautrec en Madrid. Un Madrid fin de siglo, a lo Enrique Gaspar, monárquico y revoltoso, religioso y juergista; un Madrid de chisteras y levitas de Zorrilla, un Apolo en su primera época y un pueblo... eso: muy pueblo de pan y toros.

Toulouse-Lautrec en Toledo. Y en Toledo esa impresión de secreto a medio descubrir que vió Maurice Barrés. El Toledo eterno e inamovible. ¿Qué pensaría este enanito de Henri a su paso por el laberinto estrecho e incómodo de la judería?

Quizá poco tiempo después recordaría a este Toledo un poco semítico asociándolo a la idea obsesiva de su Miriam, de ascendencia judía también...; y la angustia de saberse querido o no, la angustia del silencio y la duda, el fracaso por no atreverse en el momento decisivo, le recordaría a este Toledo, que tampoco se sabe él mismo si es judío, árabe o cristiano...

...y el Greco, ¿qué pensaría del cretense y su fantástica pintura absorbida y obsesionada por la idea religiosa?

Todo tan distinto a su Moulin... las torres de piedra maciza y vieja como los orígenes del mundo frente a aquella otra hueca y metálica «producto de una técnica» — decían pomposamente — y de una Exposición Universal... los conventos, los cobertizos y Santo Domingo, y allí las avenidas, el Folies y la Flor Blanca..., pero todo tan necesario.

Al fallarle por su desgracia todos los resortes naturales de alegrías y esperanzas, no supo ni quiso encontrar otros más sobrenaturales y los reemplazó por incitantes y violentas pasiones. Para un cuerpo tan pequeño, fué demasiado y además tenía una inmensa capacidad y necesidad de amor. Sólo una cosa a través de toda su vida no le falló: el amor de su madre ni a su madre el amor de su pequeño Riri. Esto es lo más hermoso y quizá no haya otra hermosura en la existencia de Henri...

Henri de Toulouse-Lautrec, pese haber paseado por Toledo, no pudo sustraerse a vivir muy deprisa... y se agotó muy pronto. No importa, porque perdura su obra como perdura Goya, el Greco, París y Toledo y como perdura el amor de madre. Es decir, perdura la belleza. Y Henri de Toulouse-Lautrec es uno de sus creadores.

FANCISCO ZARCO MORENO





---

RAFAEL GÓMEZ-MENOR, IMPRESOR  
Sillería, 13 y 15 y Comercio, 57.—Toledo

---

